

S. U. T.

José María de Romaña S. I.

Como otros años, junto a la fauna turística escapada de una guardarropiá surrealista y junto al noblemente cansado y al señorito, se tonificarán los andenes veraniegos con esos centenares de muchachos del *Servicio Universitario del Trabajo*, que saltan por unas semanas al otro platillo de la balanza nacional, el de callo, mono y sudor.

Pero vaya un jarro de agua fría por delante, si es que lo es para alguno. Hacer el obrero, como de chico se hizo el indio o el pirata, sólo para poder escribirle cartas heroicas a Margarita y mostrar fotos inéditas en el corro de amigos, es perder el tiempo y pagar demasiado caro. Hacer el obrero sólo para ganarse unos duros, o por asco del contorno y un afán de horizonte, aventura y virilidad, no es ciertamente perder el tiempo, ni mucho menos, pero tampoco es ganarlo completamente.

Porque, amigos, el S. U. T. más que retórica o rebelde tiene una entraña histórica y teológica, que es lo que le da su plena dimensión y razón de ser. Aquí, un minuto, el reflejo teológico de esos barrenos eléctricos, martillos, remos y espaldas húmedas y brillantes; que lo tienen, desde que el hombre es miembro del Cristo-Cabeza, pese a los abismos insalvables que cree hallar Karl Barth, el gran teólogo protestante, entre el creador y lo creado, islas equívocas sin analogía posible. *Teología del trabajo* se refiere al «trabajo» de Dios, pero también, aunque menos directamente, a lo que Dios ha dicho del trabajo humano y a lo que ese trabajo es con respecto a Dios, creador y término.

El Cristianismo que, además de rito, es — más allá del Paganismo — doctrina y es — más allá de la Filosofía — sociedad y — más allá del Judaísmo — no sólo promesa sino



NOTAS PARA EL DIÁLOGO

vida, incluye expresamente en su mensaje revelado el trabajo (Gen 2¹⁵, 3^{17. 18}; 2 Thes 3) y la realidad del Cuerpo Místico (1 Cor 12), única base firme en la organización de ese trabajo que es servicio, colaboración, y desigualdad funcional en igualdad de dignidad humana. Realidad del trabajo y del Cuerpo Místico, golpes definitivos a la pereza, aislamiento del cuerpo y a la envidia, aislamiento de la impotencia; a la soberbia, aislamiento del alma y al egoísmo, aislamiento del corazón.

Una fuerte dosis de esa lección es la que se busca el sutista. Y sólo para hallar esa lección tiene sentido la existencia del S. U. T., entendido en toda la riqueza de sus posibilidades y urgencias. En el tajo, el socavón o la pesquería, se encuentra —ya no paisaje sino campo— con el Trabajo y con el Trabajador, valores morales y valores sociales; labor y colaboración; sudor y sangre; dar y darse; Tesalónica y Corinto.

En que un fatigado descubre el trabajo

El sutista ha pasado entre los libros meses de rudo trabajo y esfuerzo; la fatiga del alma es más a plomo, más «odor mortis» que la fatiga del cuerpo; pero ésta nos impresiona más porque, paradójicamente, el camino más directo al entendimiento y la sensibilidad no es el alma sino los sentidos. No es un sarcasmo decirle a un muchacho simpatinado, vigilado y cafeinizado, que el primer fruto del campo de trabajo es para él, exactamente, descubrir el trabajo y descubrir la fatiga radicales.

El primer trabajo que existe, en los cimientos de la vida y la cultura, después de dar nombres a los animales, es el trabajo manual. Adán, Jabal, Tubalcaín, Noé. Sólo a medida que se complica y refina la existencia, toma cuerpo aparte el trabajo intelectual, con miras al tercer ángulo de la actividad humana, inmanente y gozosa, la contemplación y con miras a una fácil y eficaz realización del trabajo manual. Lázaro, administrador de Marta y María. Cuando leemos en el Génesis el acta de fundación del hombre, sorprende ver que su primer destino temporal expreso no es precisamente contemplar, sino dominar y trabajar la tierra. El segundo ángulo de la actividad humana, el amor, surgirá después del misterioso sueño de Adán. La contemplación vendrá después; el cultivo precede a la cultura.

El hombre, sacado de la tierra y moldeado a imagen de Dios, siente la urgencia de moldear esa tierra a imagen propia y, en último término, a imagen de Dios: racionalizar los ríos, embellecer los bosques, dar ritmo y sentido a las fuerzas ciegas; suscitar, continuando la obra de Dios, el cosmos del caos. Esta postura, pronunciada de algún modo entre errores y contradicciones por Kant, está más a tono con nuestra época que no se detiene en el concepto medieval del conocimiento («convertirse de algún modo en la cosa conocida»). Y desembocamos en la

Entraña histórica del S. U. T.

El vértigo y viento que nos golpea nos hace suponer, sin declamaciones, que estamos volviendo una esquina histórica. Los objetos de vestido y apoyo entran en una etapa plástica y la energía en una etapa nuclear, con sus consecuencias económicas, psicológicas y sociales. Al nacionalismo sucede en todos los órdenes el universalismo. A la subida del pensamiento y del capital parece suceder una subida del trabajo; una nueva invasión antemedieval, no ya de este a oeste, sino de abajo arriba.

Al XVI-XVII español teológico —y afrontemos una síntesis a meridianos de 20 grados, con su riesgo de ingenuidad— sucede el XVIII filosófico francés y el XIX económico inglés. Alonso Quijano, Pedro Recio, Sancho Panza. Aquella cultura teológica, apoyada con demasiada exclusividad, en lo humano, en estructuras militares y políticas sin el sólido soporte flamen-

co de lo laboral y económico, no podía pervivir; porque aun prescindiendo del desgaste de las tensiones heroicas, los pueblos, como los individuos, no viven, en la providencia normal, de sólo la palabra de Dios. A su vez, las culturas filosófica y económica, evoluciones de la cultura antropocéntrica renacentista, que culminarán en la Revolución Francesa y en la Rusa y en dos guerras mundiales, llevaban un germen de ruina más activo, porque ni los individuos ni los pueblos viven de solo pan, pan cartesiano o pan manchesteriano.

¿Qué nueva Era apunta de esta noche del siglo XX que cruzamos a tientas entre huesos y frío, agotadas todas las soluciones, con todo el trigo sembrado pudriéndose bajo nuestra esperanza? En lo humano-religioso nos hablan de una Era de Jesús. En lo humano-social no creo que advenga radicalmente una cultura signada por el trabajo, aunque sí una cultura en gran parte laboral por sus elementos integrantes.

El desborde de, llamémoslas así, herejías dogmático-morales contra el Hombre (capitalismo liberal semita, totalitarismos fascistas o marxistas, neomalthusianismo, guerra total, rendición incondicional, esclavitud...) va llevando los modos de pensar y de hacer, empujados por el instinto de conservación de la especie, a una reacción humana, humanista (1); a una síntesis de las antítesis Quijano, Recio, Panza. La mayoría de esa humanidad y la más necesitada de redención es laboral; al ascender, ha de teñir naturalmente de laboralismo las próximas edades y estructuras. Una dignificación del trabajador en puesto y en misión llevará necesariamente a una dignificación del trabajo.

Fraternidad sin paternidad

Pero si una cultura teológica no puede sostenerse en la tierra sin tener en cuenta lo humano, una cultura humana durará menos aún si no tiene en cuenta lo teológico —sin lo cual, además, es sólo pseudohumana—.

Deber nuestro, como Iglesia y como sociedad civil, es llenar de teología esa cultura humano-laboral, inyectarle eternidad y sentido, ya que vale la pena la permanencia de tal planteamiento de la vida y de la historia, especialmente propicio para el cumplimiento de los planes de Dios sobre el hombre.

A la proclamación humana de los Derechos del hombre —promulgados ya por Dios en la raíz del alma y en el Sinaí— sólo seguirá, después de un sarcástico siglo y medio, la realidad de esos Derechos si se la busca dentro de marcos plenamente cristianos. Es de un emilianismo patéticamente ojiblanco gritar «fraternidad» negando la paternidad de Dios; gritar «igualdad» desatando una «libertad» sin cauces de autoridad divina; sostener los derechos y obligaciones del capital y del trabajo prescindiendo de la caridad y la justicia, de la templanza y la esperanza; en una palabra, sostener la *razón* prescindiendo de la *fe*; afirmar la formidable *moral* cristiana y negar el *dogma* cristiano, sin el cual aquélla es perfectamente imposible y, en ciertos aspectos, absurda sin un más allá y un más arriba. La *societas* —hombre y hombre— no puede perdurar sin la *religio* —hombre y Dios— único hilo capaz de sostener a la larga en el tiempo y dar su trascendencia en la eternidad a la tela de araña sobre el abismo de la inmanencia y de la ley del más fuerte.

Semanas de S. U. T. y años de apostolado

Como siempre, no será la masa de trabajadores manuales sino el fermento de trabajadores intelectuales quienes den perfil y facciones a la era que nos convoca. Ahí está el interés y la emoción trascendentales del S. U. T.: en poner en contacto, para el futuro, puñados de rectores venideros con el trabajo y el obrero que hay que humanizar y cristianizar (2).

(1) Un dato interesante de este proceso, por citar alguno, es el esfuerzo de Tournier, Urban, King, Rey Ardid y otros por llevar la ciencia médica, más allá aún que la Medicina Sicosomática de Dunbar (cuerpo-alma) y la Medicina Antropológica de Von Weizsaecker (hombre y circunstancias) hasta la integración última de Medicina Personal (cuerpo, alma y espíritu).

(2) El Departamento de Extensión Cultural Universitaria ataca el otro flanco haciendo que el obrero, de la única manera viable, devuelva la visita a la Universidad y al Colegio Mayor.

Sería quedarse, con dolorosa esterilidad, en la primera polvareda del camino el establecerse en el sarampión socialista y marxistóide que provocan en la piel sensible de hombres de aula la repentina luz de la lamparilla de acetileno o el sol del tajo y la visión y experiencia, junto a realizaciones logradas en humano y en cristiano, de tantas injusticias sin atenuante que reclaman fuego del cielo. Perfectamente; pero llevemos esa indignada exasperación hasta el extremo; no sólo al rojo rojo sino, más allá, al rojo blanco; con lógica y cabeza fría, sin componendas ni demagogías; buscando sin miedo la solución en donde realmente esté, sea en Moscú con *Das Kapital* y divisiones acorazadas o en Roma sin ellas y con el Evangelio, en Cristo resucitado o en Lenin desintestinado, maquillado y yacente.

El intelectualizado y arreglioso Marx —deshumanizado, por tanto— no podía comprender el trabajo como lo comprendió el hombre Cristo, Dios y carpintero. Si el hombre no tiene espíritu, no es persona y no tiene derechos; si el hombre no es inmortal, no tiene deberes estrictamente exigibles. Lógicamente, los hombres del Marxismo no han levantado al trabajador sino al trabajo, Moloc del hombre que en el Soviet no sea policía o funcionario.

El sentido del trabajo, limitado, no puede ser el trabajo mismo que acaba lógicamente en el galope tísificante de Stakhanov subordinando el productor a la producción; el sentido del hombre, espiritual, no puede ser la materia.

Teología del trabajo manual

El trabajo del hombre es algo más que simple movimiento animal o mecánico, como el asno en la noria o la polea en los ejes. Sólo convertidos en instrumentos de eternidad cobran su pleno sentido la hoz y el martillo; sólo así el trabajo puede ser, en su inevitable cansancio físico o síquico, profunda alegría y afirmación humana. Quitarle al trabajo su sentido religioso y religador, es traicionar, frustrar y condenar al hombre, esa fuerza lanzada hacia Dios, que quema casi todas sus energías en el trabajo.

Cuando Dios entra en el descanso del Séptimo Día, deja el mundo en manos de su hijo, el hombre, para que lo labore y domine. Dios forma; el hombre, «aprendiz de Dios» (P. Llanos), transforma. El trabajo viene a ser un completar la *Creación*. Es la omnipotencia divina quien actúa a través de las inteligencias, libertades y manos creadas; y el trabajo, causalidad, viene a ser una intensa manera de ser semejante al Creador, de ser, por tanto, hombre.

Peca el hombre. El trabajo que, por un don preternatural, era alegre, sin fatiga y sin urgencia, se hace doloroso, física y síquicamente. Al «para que laborase la tierra» se añade el «con sudor». De ahí la extraña paradoja del trabajo: gozo y dolor; expresión del hombre creador y castigo del hombre pecador. Lo terrible de esa pena es que, por sí misma, no es estrictamente expiatoria. Sólo un Dios podría compensar equitativamente la ofensa a un Dios e, históricamente, vemos que Dios exigía una reparación equitativa.

Después del desprecio y dureza a que ha llegado el trabajo en el mundo egipcio y, sobre todo, greco-romano, comienza la dignificación *social* con el Cristianismo. En la base de éste hay un descendiente de reyes hecho carpintero, rodeado de un grupo de pescadores y de un intelectual, Pablo, que se gana la vida como tejedor de tiendas.

A esa dignificación social se suma una dignificación *esencial*. Con Cristo, el trabajo (*opus humanum*) asociado a la creación (*opus Patris*) queda también asociado a la *Redención* (*opus Christi*). De pena asciende a expiación. Cristo, que restaura los dones sobrenaturales del hombre —gracia, destino sobrenatural—, lo deja privado de los preternaturales —inmortalidad, impasibilidad, autodominio...— para que asocie su dolor y su muerte a su Sacrificio (*opus christianum*).

El trabajo que, por nacer de la persona, tiene una inseparable dimensión ética que para el cristiano adquiere resonancia sobrenatural, se hace instrumento no sólo de expiación propia y ajena (3) sino de *Santificación (opus Spiritus)*; unido a Cristo «se tranforma en obra divina, es oración» (4), «servicio de Dios» y «uno de los medios más importantes de santificación»; algo «inmerso en la eternidad», instrumento de *Apostolado* «para los vastos fines del reino del Padre» (5). La «perfectio operis», por su dedicación a transformar y mejorar una cosa extrínseca y para otros, viene a ser «perfectio operantis», lima eficaz del egoísmo que es la base del pecado (sólo una ordenación inhumana del trabajo ha podido convertirlo en trinchera que separa); viene a ser elevación y ascesis que, en gracia y por amor del Padre, adquiere proyección sobrenatural y eterna.

En el campo natural el trabajo, y es su más bello perfil, es prolongación y actualización no sólo de la Creación sino del *Amor Providente* de Dios. No ha puesto en nuestras manos su omnipotencia, pero sí su misericordia. Dios viste y alimenta a los hombres por el trabajo de los hombres. El trabajo es intrínsecamente difusión del bien, servicio, ejercicio de bondad. No sólo en su destino sino aun en su misma realización, el trabajo, sobre todo el manual —y es la segunda lección para el sutista porque el trabajo intelectual, de donde él viene, puede tender más bien a aislar— asocia con los colaboradores al mismo tiempo que con los desconocidos a quienes va destinado el fruto del trabajo.

Si el S. U. T. logra toda su amplitud y su verdadero norte, cumplirá también en este aspecto su papel de entrenamiento y formación de la mentalidad para los tiempos que advienen. No tiene sentido ni puede tener consistencia interesarse por el minero del Ruhr, el estudiante de Lovaina o el leñador de los Vosgos sin tener el menor interés por el leñador de Montalbán o el minero de Rodalquilar. La internacionalización exige un proceso previo de nacionalización, superior y más profundo que el nacionalismo; porque si el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1 Jn 4²⁰), menos puede amar en realidad al hermano que no ve. Este entrenamiento lo requieren el intelectual y muchos tipos de profesional más que el capitalista, mezclado ya de una u otra forma con el mundo del trabajador manual.

Redención del trabajo

El hombre no es eterno sobre la tierra; por tanto —y es otro de los rasgos de la Teología del Trabajo— no ha de trabajar para instalarse, sino para pasar por la Tierra. El desprecio de esta realidad por egoísmo o soberbia, convierte el trabajo —dolor y gozo— en infierno para muchos. Cuando la caridad deja de ser el motor y la justicia deja de ser el freno de la economía, comienzan el hambre, el abuso, la falta de vivienda, la desesperación, el odio. El inmoderado aprecio de algunas artes liberales y de las recreativas y suntuarias contribuye a que el trabajo manual, dignificado por Cristo, degenera de colaboración en mercancía. Y, fallo básico de una estructura económica y social, el trabajador acaba por verse encarcelado en el terrible círculo de trabajar para comer y comer para trabajar.

En estas condiciones el trabajo no puede cumplir su destino de medio de redención y perfección, bien individual y común. Se convierte en elemento de desunión y crucifica al trabajador en el infierno radical capaz de partir en dos cualquier sicología: trabajar y no amar, servir y odiar al prójimo, hacerle bien y desearle mal. Es muy difícil tener el corazón lleno de amor cuando no está vacío de angustia; pensar en los demás con benignidad cuando no puede uno despreocuparse de sí mismo. Ya advertía el Papa en su Radiomensaje navideño de 1942: «si se quiere que la estrella de la paz se levante y permanezca sobre el mundo, es preciso dar al trabajo el lugar que Dios le asignó desde el origen».

(3) Col 1 24, Pío XII, Discurso a un grupo de ferroviarios. *L'Osservatore Romano*, 7-8-VII-1952.

(4) Pío XII, Discurso a un grupo de empleados. *Ibid.* 19-20-V-1952.

(5) Pío XII, Discurso a los empleados de la Banca italiana. *Ibid.* 27-IV-1950.

Además de *deshumanizar*, esta contextura social descristianizada acaba por *descristianizar* a los hombres que abarca, mucho más si son «mundanos» (Jn 17^{21.29}). Sólo un héroe o un santo es capaz de mantenerse jerarquizado en medio de moldes desjerarquizados. Para amar a Dios es preciso amar al prójimo. Para creer en Dios es preciso ser amado por el prójimo. Sólo el hombre de extraordinaria formación o contextura religiosa es capaz de amar a Dios en medio del odio de los hombres, venerarlo entre el desprecio y bendecirlo entre la maledicencia. Para el hombre vulgar, sobre todo para el trabajador, Dios viene a través de las cosas, especialmente a través del hombre, imagen de Dios. Por eso qué difícil es hablar de Dios personal y providente a un hombre ordinario con el corazón acorralado o el estómago vacío.

Esta es la llaga ardiente que ha de abrir el S. U. T.: luchar mañana, desde hoy, sin paternalismos —que Dios alimenta los pájaros pero no en jaula—, por plantear y resolver, apoyados en una mayor evolución de la economía y las mentalidades, una organización social y económica tal que el trabajo pueda ser medio de vida, de crecimiento en todos los órdenes, de redención; soporte no de sí mismo o del lujo ajeno sino del bienestar ajeno y del bienestar y seguridad propios; medio, no fin cerrado, para poder realizar las supremas aspiraciones del hombre: contemplar, amar, ser apreciado, tender a Dios, sin vivir en un constante clima de angustia y frustración.

Poca irradiación ideológica puede realizar el sutista en sus breves días. Ya es bastante su emocionante y admirable afán de misión, que lo lleva a la presencia —porque no hay evangelio sin palabra ni palabra sin presencia— y su afán de testimonio de hermandad; ojalá, incluso, de cristianismo. Después, cuando apriete el egoísmo y la lucha por la vida o, lo que es más fuerte, el triunfo en la vida, ¿quedará en pie siquiera el armazón de acero de ese testimonio? «Testimonio» es la traducción larga, seca, fría y difícil del fulgurante «martyrion». Esta es la labor que esperan de él España y la Iglesia: influir cuanto pueda en cristianizar las normas y cuadros laborales, después de haber sentido esa exigencia al mascar en el campo juvenil el trabajo demoledor y aplastante, insuficientemente protegido y compensado, capaz de sofocar el hambre y el amor. A cambio de haber descubierto entre los trabajadores esas grandes provincias de la existencia: lo que es el trabajo y lo que es la unión. Y de haberse descubierto a sí mismo, pues la medida del hombre es la dificultad, y la tierra ofrece al hombre de libros, de golpe, sin tiempo a coartadas ni retiradas estratégicas por las sierras de la palabra o del ingenio, inéditas dificultades insoslayables.

Redención del trabajador tal cual es

Pero cuidado, amigos, mejorar al obrero y aun pasar del contrato de trabajo al de sociedad sólo para que rinda más —novísima postura de muchas empresas capitalistas— es marxismo refinado. Por otra parte, una dignificación del trabajo sólo puede ser eficaz y auténtica si considera al trabajador completo, cuerpo y alma; y sólo puede ser duradera basada en los pilares espirituales que no se gastan: plan de Dios sobre el trabajo humano, realidad del cuerpo místico, obligación de la justicia y el amor. Y lo demás es literatura o bombas H.

La solución no puede ser sólo religiosa, supuesto que el trabajo no es una entidad sólo religiosa. Pero, como advertía Pío XII en su Radiomensaje navideño de 1952, tampoco puede basarse sólo en la organización y producción, desde que tiene por objeto al hombre tal cual es.

Sólo en el Cristianismo puede apoyarse con éxito la síntesis de la antinomia que envenena al trabajo necesario-indigno: dar al mundo su contextura teológica en la que la ma-

teria esté sometida al hombre y el hombre, unido al hombre y a Cristo, esté sometido a Dios (1 Cor 3²⁸).

Ojalá nuestros ojos vean ese equilibrio. Al menos tendrá nuestro siglo, con experiencias como ésta del S. U. T. —hondo hacer patria, humanidad e Iglesia— que hace batir palmas a los ángeles del carbón y del mar y cuya finalidad hace sonreír inmortalmente al Padre, que está en los cielos, de los «Juan Cortapedras y Juan Comefrío» («Neruda»), de los Juan Sinaprecio y Juan Sinsentido, la gloria de *preparar los caminos del Señor* (Mt 3³).



Es preciso advertir a los que no apetecen lo ajeno pero tampoco dan de lo suyo propio, que se enteren con diligencia que es la tierra, de que fueron formados, común patrimonio de los hombres y que por consiguiente ella debe proporcionar a todos en común los alimentos que produce. En vano, pues, se creen inocentes cuando toman para su uso particular el don que hizo Dios común a todos.

(S. Gregorio Magno, Reg. past. parte III, cap. 21)